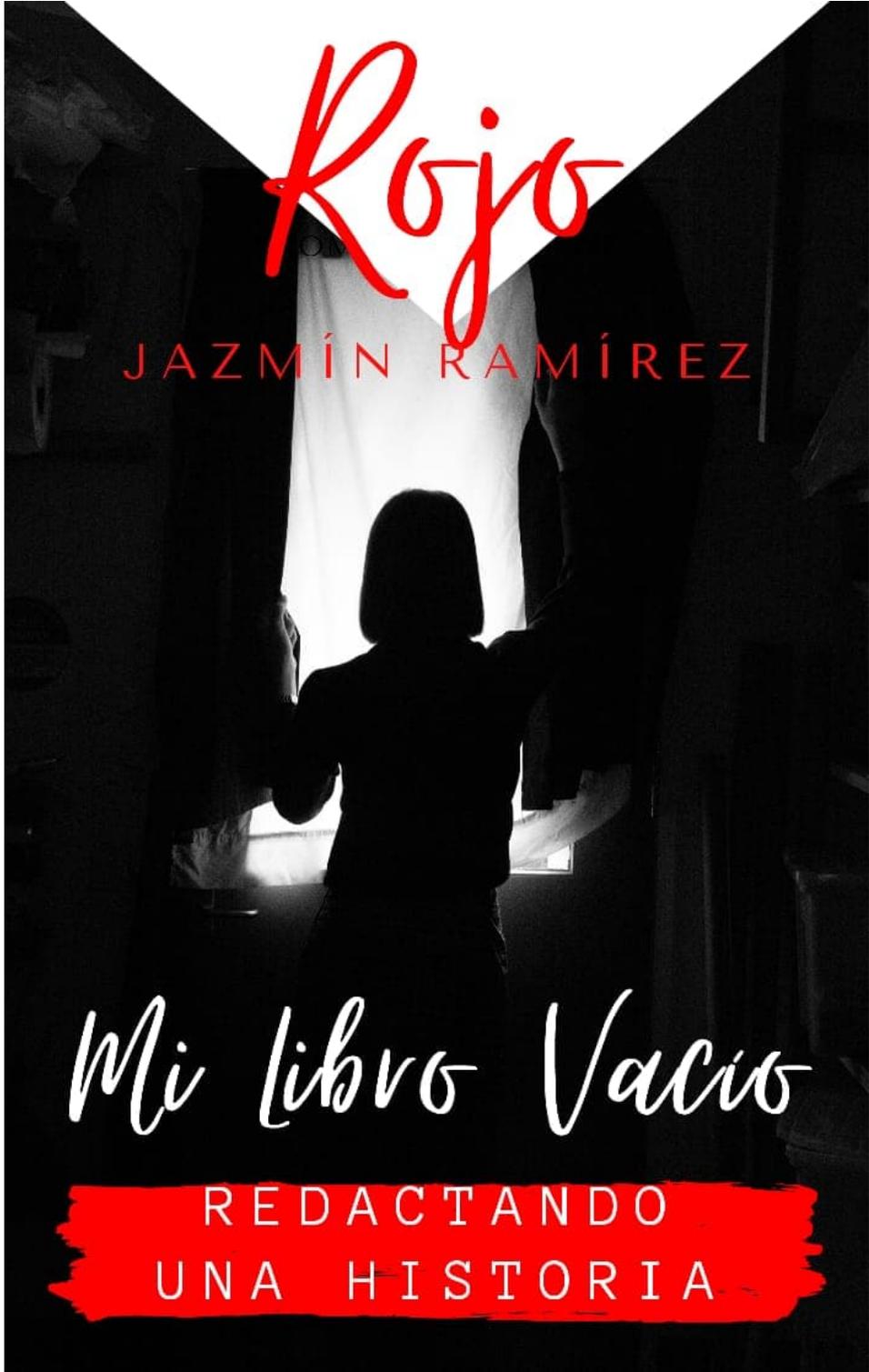


Rojo

Mi Libro Vacío



Rojo

JAZMÍN RAMÍREZ

Mi libro Vacío

REDACTANDO
UNA HISTORIA

Capítulo 1

ROJO

Capítulo 1

Aun en medio del contorcimiento de un pueblo, un grito agudo y ahogado por el sonido del viento al acariciar los árboles se escapa de una casa no muy alejada del resto. Inconmensurables nubes grisáceas cubren el cielo, dejando como único rastro de la luna un pequeño destello de luz blanca apenas visible.

Gotas de lluvia se deslizan en las ventanas, al tiempo que otras tantas caen con estruendo al suelo, elevando así el inconfundible aroma del petricor.

Una mujer de mirada perdida y cabellos enredados se tambalea ligeramente amenazando con caer, mujer que termina con avidez el líquido de aquella botella de vidrio que lleva en las manos. Y como es costumbre cada noche, se hace presente el sonido de cristales rotos producidos al romperla.

Es posible escuchar la puerta principal del hogar abrirse desesperadamente, al igual que pasos apresurados y decisivos; el viento helado inunda la casa y envuelve el cuerpo de quienes yacen dentro de ella, alguien ha entrado.

Laia choca fuerte mente contra el piso, gotas de sangre tiñen ligeramente la alfombra a cada golpe. Lea, una mujer a la que Laia cuesta llamar madre, ya que a sus ojos parece ser una persona execrable.

Siente sus mejillas arder, la respiración entrecortada y el deseo incontrolable de gritar y llorar, así mismo, esa extraña sensación, el anhelo de venganza que la consume por dentro. El enojo se apodera de su cuerpo cohibiendo la tristeza, nublando sus ojos negros y haciendo fruncir sus labios.

Los pequeños pulmones de la niña se llenan con el terrible aroma del alcohol, y sus delicados dedos rozan con los restos de lo que solía ser una botella.

Una horrible y gruesa mano se alza en el aire, Laia pretende arrastrarse, mas a cada movimiento su cuerpo arde por dentro haciendo derramar

más lágrimas, una tras otra, las cuales procura reprimir puesto que estas mismas podrían significar otro golpe.

Aquellos pasos desesperados se escuchan más cerca, Laia ruega por que logren evitar un golpe más, pero nadie es tan rápido.

Un estruendoso grito desgarrar el aire y su garganta. Un rojo brillante tiñe el piso y colorea las pupilas de Laia, marcadas con el dolor y la figura de su hermana enfrente, protegiéndola, recibiendo el siguiente golpe.

- ¡Basta! - grita Dánae- mamá, por favor.

Laia trata de arrastrarse hasta la puerta. Sintiendo el frío invadir la casa entera. Observando vehemente a Lea, los cristales rotos, e imaginando la sangre de esa mujer violenta goteando en el piso. Una mirada aterrada, igual a la de sus hijas, y una voz temblorosa causada por el miedo; sin embargo, aquellas escenas permanecen únicamente en cabeza de Laia.

-Vaya que eres estúpida- vocifera aquella mujer borracha- pareciera que nada te lastima, siempre quieres tomar el lugar de tus hermanas.

Los golpes continúan, seguidos de gritos contenidos, sollozos y el ligero murmullo del viento entrando y saliendo.

Capítulo 2

El viento entra con fuerza a través de la ventana, mismo que estropea el peinado de Laia y hace ondular ferozmente sus mechones negros. Las ruedas contra el asfalto y el rugir del viento, son los únicos sonidos a los que presta atención, ignorando por completo el llanto de Amaia.

Lea conduce en calma, silencio, atenta al volante y el camino. Aun así, parezca que siempre esta alterada, son posibles estos momentos de quietud, que lamentablemente no suelen durar todo el día.

Dentro de la camioneta. Laia disfruta del viento en los asientos de en medio, junto con Sila, que es solo dos años menor que ella.

Dánae, en la parte trasera, donde no hay ventanas que se puedan abrir y que, si no fuera porque los vidrios de enfrente están abajo, se volvería imposible respirar ahí atrás.

El viento apacigua el llanto desesperado de Amaia. Se lleva las letras de las canciones en la radio. Circula en todo el interior del auto, haciendo desaparecer el aroma del pescado para la cena en la nueva casa.

Se lleva los colores del cielo y esparce el brillo de las hojas verdes de los árboles. Al cabo de un rato el lloriqueo desaparece, viéndose amainado

por el beso cariñosos de Lea, quien desde ese ángulo se ve como una mamá cualquiera.

Los ojos de Laia regresan al paisaje de la ventana. Prestando atención al murmullo de los autos ir de un lado a otro, y las voces de la gente en la calle. Su calmado andar y el perfume de sus ropas mezclarse con el de los demás.

El auto pasa con velocidad frente a un canal. Inconmensurable torrente de aguas negras que liberan un olor desagradable hasta llegar a narices de Laia, lo que la ve obligada a subir la ventana.

Ahora el silencio total es devuelto, la radio se ha apagado, dejando únicamente los suspiros de Dánae en el asiento trasero. Sus ojos cerrados y el cansancio esparciéndose en sueños.

Esperando a llegar al nuevo hogar. Repitiéndose internamente la inutilidad de molestarse a cada mudanza, abandonando el deseo de permanecer en un mismo lugar.

Capítulo 3

Llega el atardecer, el arrebol decora el cielo, otorgando así una vista única y maravillosa, que combina con el canto de los pájaros y el soplar del viento.

La nueva casa es enorme y espaciosa. Paredes blancas fáciles de ensuciar; pizarrón perfecto para una pequeñita de tres años con crayones en la mano.

Detrás del nuevo hogar hay situado lo que parece ser un bosque de pinos, mismos que traen consigo un aroma a limón. La casa se encuentra rodeada por una barda bastante alta, decorada con plantas que llegan hasta los extremos, llenas de rosas rojas que se marchitan poco a poco a causa de la pronta llegada del otoño.

El padre de Laia, un hombre importante al que ha visto un par de veces cuando era más pequeña, por lo que su rostro se borra de su memoria

con el paso de los años.

Las únicas señales de vida presentes son el dinero constante que llega a manos de Lea. Lo que permite la educación en escuelas particulares, la ropa de marca, un hogar espacioso, accesorios y toda clase de lujos.

Laia, que para ella es complicado sentir afecto por Lea, no sabe cómo sentirse con respecto a su supuesto papá. Si bien, no es víctima de un abuso constante por parte de aquel hombre, es preciso decir que él es consciente del maltrato que da Lea a sus hijas y, aun así, Liam no hace nada.

Cabe mencionar que, gracias al trabajo de Liam, han tenido que mudarse frecuentemente, lo que para muchos resultara deprimente, pero no queda tiempo para encariñarse con amigos. Al menos así lo cree Laia, por lo que le resulta fácil marcharse, (aunque es cierto que en ocasiones puede ser frustrante), mas sus hermanas, naturalmente, no pueden evitar sentir cierta tristeza al despedirse.

Lea observa amargamente la casa, que a sus ojos resulta vacía y solitaria. Igual a todas las demás. Hogares que solo puede llenar con alcohol, gritos y sangre. Un lugar deprimente, carente de vida y calidez, que, si bien para muchos resultara fastuoso, para ella no es más que una prisión, por lo que no le importa nada, o, casi nada.

Incluso para aquella mujer violenta, hay una hija favorita. Como es de esperarse Amaia es quien ocupa ese lugar, que, aun siendo una máquina de travesuras y llanto, no cuestiona a su madre, no critica su exceso de alcohol o teme al acercarse a esa mujer, y eso es porque no es consciente de lo rota que está su familia.

En cierto modo es bueno, agradable, al punto de que el resto de las hermanas sienten envidia. En ocasiones es placentero vivir en ignorancia. Lástima que aquella preciosa niña no tendrá tres años por siempre, y tarde que temprano, ha de recibir un golpe y acostumbrarse a ese rojo brillante.

Capítulo 4

El viento entra a través de la ventana, dejando como prueba de su presencia el ligero ondeo de las cortinas. La cocina se impregna del aroma de un desayuno caliente, mismo que pretende opacar la peste del alcohol.

Laia baja presurosa las escaleras, aunque verdaderamente no le importa demasiado llegar tarde a clases. Una botella de vidrio rueda violentamente hasta dar contra la pared y aun así no se rompe, sin embargo, Laia apenas nota el descuido de haberla pateado.

Observa de reojo la sala de estar, donde yacen vidrios rotos en el suelo. Apenas recuerda haberlos escuchado anoche, un ruido lejano y confuso en su memoria, o quizás es que simplemente se ha acostumbrado a escucharlos tan cerca. Rememorando la sensación de los cristales rozando su piel, lo que la tienta momentáneamente a provocarla.

Es extraño, lo sabe, curioso el hecho de "extrañar" esa dolorosa sensación, qué quizás no suceda durante un tiempo. Lea ha sido cuidadosa, consciente del inicio de las clases; aunque el dolor no disminuyo a su totalidad, ahora solo hay un par de moretones en sus brazos y piernas.

Se creería que es estúpido el no hablar sobre los conflictos en su hogar, mas Laia tiene poco interés en hacerlo (al igual que sus hermanas), aun eso signifique soportar el aroma de la bebida y las heridas que causan los vidrios rotos. Conscientes de la carencia de familiares y la indiferencia de su padre.

El cielo está gris. Truenos y viento que amenazan con traer lluvia. El ligero vaivén de los árboles, el murmullo de las hojas y las pequeñas gotas de agua cayendo sutilmente al suelo.

Avanzando en silencio. El movimiento pesado de sus piernas y los zapatos que ahora parecen ser más pesados y grandes, haciendo ver sus pes enormes. Ensimismada en las palabras que trae el vento, los sonidos. Acompañados de sensaciones dolorosas y recuerdos.

Como todos, el salón de clases es blanco, lo que permite la iluminación excesiva del sol, o al menos debería ser así, mas el cielo permanece aprisionado en color gris. Comenzando a lamer las ventanas con gotas de lluvia.

Laia sonrío con amabilidad a su llegada, soportando incluso los rostros presumidos de algunos de sus compañeros y agradeciendo, de cierta forma, a quienes poco les importa una nueva compañera de estudio.

Ciertamente Laia es bastante agraciada. Luciendo un largo cabello hasta la cintura, negro y brillante, suave. Ojos enormes color negro, iguales a un mar de sombras, cubiertos con hermosas pestañas largas. Un cuerpo delgado, adecuado a su edad. Y por último sus labios, finos y de color rojo, combinando con el rubor de sus mejillas.

Bonhomía que se hace presente al poco de conocerla, robando el amor de quienes la rodean. Siendo eso lo que aparenta. Decorando sus palabras y sonidos con meliflua voz. Coloreando sus acciones con dulce perfume.

Capítulo 5

Sonríe como acostumbra. La misma forma que sus labios se han habituado a presentar a los demás, aun así, en su corazón se mantenga ausente un genuino sentimiento de alegría, gentileza o amor.

Siendo que, ahora sus pensamientos toman poder en su corazón, dejando únicamente rastro de sus verdaderas intenciones en sus ojos nublados. Miles de ideas y venganzas que bien saciarían su alma dolida. Y, sin embargo, aun ella mantiene oculto ese deseo a sí misma.

El viento trae consigo el aroma de los almuerzos, los dulces y las bebidas calientes a la hora del receso. Las charlas lejanas y risas de sus compañeros. El andar de quienes se pasean de un lado a otro, e incluso las voces de sus aparentes nuevas amistades, ruidos que se trasladan al fondo, abandonándola en el silencio de su propio mundo.

El gris pinta el cielo, coloreado con nubes de tormenta traídas por el viento, mismo que hace temblar el cuerpo de Laia y entumecer sus manos. Los árboles sin hojas que se alzan tratando de tocar más allá de las nubes, pretendiendo alcanzar al menos una gotita de sol; que incluso puede algunos ya han muerto en su intento.

Y mientras Laia contempla aquellas almas perdidas, (si es que se les puede llamar "almas"), alguien a la distancia la observa. Unos ojos entre tantos, mas estos especialmente se han perdido en los rubores artificiales de Laia, o quizás simplemente ha sido víctima del mar de sombras en su mirada.

Dánae

Siendo la mayor siempre he creído que sería más consciente de la situación actual, no refiriéndome únicamente al constante abuso si no a mis padres. La única capaz de llevar todo el peso de la verdad tras su matrimonio, además de gran parte de los golpes, consecuencia de un amor roto. Siendo que ahora todo se ha convertido en un ligero velo que cubre mis ojos y recuerdos, haciendo parecer la felicidad antigua como no más que un sueño, sin embargo, al menos tengo presente que alguna vez existió.

Se que he experimentado la paz, el amor sincero de una madre y la calidez de un padre; la sensación al frotar tu mejilla contra su rasposa barba antes de rasurarse y los gentiles labios de mamá posarse en mis mejillas. Abrazar las mañanas brillantes y recibir agradecida el caer de la oscuridad, siendo capaz de observar los destellos de luz ligera y suave en el cielo, teniendo la firme convicción de que el día siguiente sería mucho mejor siempre que recibiera el mismo calor al que ya me había acostumbrado.

Recuerdo perfectamente cuando Laia nació; tiempo después los conflictos constantes de mis padres, y la evidente infidelidad de mi madre. Siempre quejándose de su soledad culpando a papá por ello. Yo que perdía la inocencia de mis ojos y me preguntaba cuándo es que se había desmoronado todo.

En los tormentos es como si conociera hasta el más mínimo detalle; percibiendo de cerca el aroma del alcohol y la sangre, los gritos pasados, presentes y futuros, así como cada lagrima cristalina y contaminada al mismo tiempo, derramarse y mezclarse con el sufrimiento. Pero aun con todo ello, basta con querer recordar punto por punto el proceso para que se desencadenara tanto desconsuelo y olvidarlo todo. La primera gota de

sangre a un lado de las escaleras de nuestro primer hogar y mi pequeña hermana contemplando una escena que fue la primera roca que comenzó una destrucción lenta y silenciosa.

Aún me miro a mí misma arrinconada buscando respuesta a acciones imprudentes y decisiones irresponsables. Incapaz de comprender cómo es que tomó el valor de crear a otro pequeño ser para atormentar y destruir toda inocencia y estabilidad mental, niña que ni siquiera es de mi padre y que aun así el acepto, sin embargo, se alejó más de nosotros, se alejó de mí, lo que lo llevó a su constante cambio de lugar de trabajo y las habituales mudanzas.

Incluso cerrar los ojos es doloroso, incapaz de decidir si continuar viendo la sangre inocente marcada en el muro, o la oscuridad al cubrir mi vista, invadida por recuerdos igual de agonizantes.

Todos los hogares son iguales, los mismos aromas, el mismo llanto y las mismas suplicas, al igual que el irónico momento de quietud en donde incluso el silencio es intimidante.

La llegada de Sila ocasiono que no solamente mi sangre fuera la que marcara el piso. Llevo tatuado en mi memoria esos pequeños ojos negros hundidos y nublados a causa de la soledad, ojos que perdían poco a poco la belleza de la noche y se transformaron en un mar de sombras y tonos grises crueles y sofocantes.

Toda la vida he hablado bien de ese hombre a mis hermanas, claro, ya que poco interesa la opinión pública; siempre asegurando su amor, no importando que tan inútil sea seguir mintiendo y negando su evidente indiferencia. Pero verdaderamente no lo culpo, hay que darle crédito por su tolerancia a mi madre como para seguir suplantando nuestros gastos.

Aún mantengo la esperanza de una ligera luz en su corazón que guarde cierto amor hacía nosotras. Pero es posible que alguien con ojos más brillantes y un corazón más dulce se haya robado esa luz; teniendo en cuenta aquella posibilidad, me reparo en el hecho de que aquellas palabras y negaciones no son más que veneno que otorga ese falso sentido de seguridad.

Al menos, Sila se ha esforzado en creer mis mentiras, ignorando su indudable escepticismo cubriéndolo con una sonrisa.

Como dije, siempre pensé que sería yo la única consciente de la situación, mas aquellos ojos negros me han superado, tomando así la mayor carga de sufrimiento, absorbiendo el dolor, acostumbrando a su cuerpo a la agonía, convirtiéndose en un cumulo de crueldades. Laia no es estúpida ni se molesta en vivir una felicidad en ignorancia, lo que no entiendo, ya que sería más fácil tratar de ser felices o al menos estables creyendo que no

habrá un pronto desenlace.

Creí que sería alguien diferente (refiriéndome a mi hermana), una simple niña débil y tonta, oculta en un velo de ansiedad y tristeza, envuelta en tinieblas y desesperación, alguien viviendo únicamente por obligación, o quizás simplemente muy cobarde para quitarse la vida. Que incluso al darme cuenta de que ha visto y sentido más que yo, simplemente creí que su destrucción sería más rápida.

Es como una muñequita, casi perfecta, amable, sonriente, acendrada, una niña ejemplar, a quien es fácil llamar "dulce", "inteligente" y "educada", una niña encantadora, con esa habilidad envidiable de renovarse al día siguiente después de molestarse o experimentar alguna emoción negativa.

Poseedora de una belleza abrumadora, igual a una rosa de jardín con espinas, o una flor artificial incapaz de quebrarse o marchitarse. Una dulzura cruel y absorbente, oscuridad encantadora y silenciosa, o luz increíblemente brillante y cegadora. Es como presenciar la noche, envolviéndote en tinieblas, mostrándote así una luz más bella, resaltando entre tantas sombras y silencio. Sin embargo, aún me es difícil describirla, siendo que parece tan pura y oscura al mismo tiempo.

O quizás, sea más simple, siendo que mis dudas no son más que egoísmo, deseando tener lo que sea que tenga ella, odiando y amando lo que vive en su cuerpo y los pensamientos que cruzan su cabeza.

Laia no se oculta cuando mamá bebe, es como si no le importase. Si esa mujer la busca, no resiste, no huye ni se esconde. Acurrucada en una esquina a la espera de quien la atormenta. No llora si no es por un golpe, lagrimas impulsadas por el odio que es consecuencia de este, puesto que la tristeza se ve cubierta por ese abrumador rencor y dolor físico, siendo así que procuro mantenerme cerca, tratando de proteger a un ser más pequeño que no logro entender.

Mas aun miro con temor y compasión a esos ojos confundidos y ese torpe hablar, puesto que alguna vez me miro con cariño y a mi oído susurro palabras de amor, lo que es igual con mi padre; pero Laia se reserva a tales sentimientos, otorgando a mamá dolor y a mi padre ni siquiera da el derecho de recibir alguna emoción.

Ahora la veo sentada frente a la mesa, disfrutando de su comida, muestra una sonrisa, misma que es difícil de apreciar a causa del recuerdo de su mirada cruel cuando mi mamá la golpea.

Prisión de cristal

Una prisión gris que aparta el calor de su piel y el azul de sus ojos. El viento que trae nubes de tormenta y eriza su cuerpo, mas aún con eso la lluvia no llega, siendo que es imposible incluso escuchar el arrullo del agua.

El lápiz golpeando continuamente la mesa, los bisbiseos, las ligeras risas y la voz de la profesora, que se mueven al fondo liberando los chillidos de un animalito; su desesperado andar y su corazón latiente.

Un calabozo de cristal, empañado con el aliento de las risas y marcado con la burla del exterior. Envuelto en soledad, rodeado de crueldad. Animalito custodiado por miradas continuas, maravilladas al verlo girar y girar, pasearse exasperadamente buscando escape. Mirando sus pequeños ojos redondos brillantes.

Siendo que ni ella es capaz de librarse de su propio encierro, viéndose obligada a no ser más que una muñeca dañada que de alguna forma aún conserva parte de su belleza. Con todas aquellas miradas envidiosas encima; un desperdicio puesto que no han reparado en los rasguños.

Al sonar de las campanas se escucha un sonido similar al de las gotas de lluvia, siendo el caminar de jóvenes adolescentes que han terminado las primeras clases.

Laia espera con paciencia en la butaca, observando con cautela el animal aprisionado, pero su atención se ve parcialmente robada por la mirada de alguien más, ojos que la custodian como ella lo hace con la criatura en la prisión de cristal.

El extraño sentimiento al recibir atención, una mirada sensible que no ha provenido del dolor, el esfuerzo, o en su caso el deseo de aparentar estabilidad; ojos sinceros e ignorantes (como todos), puesto que, más que seguridad, simplemente la hacen sentir vulnerabilidad, fastidio y recelo para los ignorantes que creen que solo por sonreír es una persona alegre.

Finalmente alza la mirada a quien la observa, permitiéndose ser egoísta y abrir paso al indecente anhelo de causar daño, decidiendo que no le importa la felicidad del resto, si no solo mantener ese delgado vidrio que la separa de la locura total.

Una mirada profunda, sonrisa encantadora, capaz de cautivar poco a poco a quien sea si se esfuerza, adueñarse de una vida ajena y aplastar los sueños de quien se atreve a confiar en su aparente belleza.

Ciertamente solo es un deseo, alguien en quien espera dejar caer todo peso de sufrimiento algún día. Las miradas se pierden con él saliendo nervioso del aula, inconsciente del corazón roto que abandono al fijarse en Laia; un corazón roto en la oscuridad de un alma desolada.

Laia queda de ultima en el salón. Observa al animalito cautivo en un lugar de reducido tamaño, que de cierta forma ya se ha acostumbrado a las miradas constantes iguales a la de ella.

Sujeta el pequeño cuerpo entre sus manos, observa detenidamente esos pequeñísimos ojos redondos, pero curiosamente grandes para una criatura de su tamaño.

Un hámster, que bien puede ser simplemente un ratón más peludo y elegante, quizás más limpio, o quizás no, pero eso verdaderamente no

tiene importancia alguna.

Aprieta ligeramente el pequeño y frágil cuerpo, siente el diminuto corazón del animal (que originalmente ya palpitaba rápido) latir con mayor velocidad, sus pequeños ojitos redondos salirse un poco de sus orbitas y sus patitas tratando de rasguñar las manos de su opresora.

Laia, extrañamente fascinada por la reacción, aprieta con un poco más de fuerza al animal, de manera constante; su corazón, su respiración agitada, su movimiento inquietante y la desesperación en los ojos, todo al mismo tiempo, hasta que, de un momento a otro se detienen, y la vida de la mascota se escapa abandonando un cuerpo regordete y peludo.

Al terminar, regresa el pequeño que pierde el calor, empañando los vidrios.

Laia

No respiro, siento mis pulmones arder a causa de la falta de aire y me es difícil cohibir mis gritos. Sensaciones con las que he vivido largo tiempo y

a las que quisiera acostumbrarme algún día, aunque supongo que es pedir mucho.

Anteriormente creía que no merecía esto, el dolor, la ansiedad y la tristeza inundando mi pequeño cuerpo, ¿Por qué una niña podría merecer tal cosa?; son pensamientos de los que ahora no estoy segura, hace tanto tiempo que deje de cavilar en ello.

Verdaderamente, ¿Qué merezco?, si mi corazón ha dejado de sentir cierta empatía por los demás, y se ha llenado lentamente de odio y rencores, si mi voz y mis palabras incluso cuando parecen dulces de mi garganta solo deseo dejar escapar gritos desgarradores y veneno que mate por dentro a quienes me escuchen, con todo esto y más ¿merezco ser feliz?

Al menos, de alguna manera, sea como sea, simplemente me bastaría con dejar de sentir, ser incapaz de ver la hipocresía de los demás y las inútiles melifluas palabras que por más sinceras no me son de ayuda, incluso dejar de respirar, pero quizás hasta eso es pedir demasiado.

O, tal vez, perderme eternamente en mi mente, ese lugar abandonado y oscuro. Se creará que mis patéticos deseos imposibles serán por evitar causar daño a los demás, mas he de admitir que a medida que pasan los días eso ha dejado de importarme, simplemente anhelando dejar de dañarme a mí misma. Y si ninguno de mis afanes ha de cumplirse, no me queda más que liberar lentamente mis sentimientos reprimidos, ocultos y a los que en un principio les tenía cierto recelo.

Ahora que mi cabeza yace bajo el agua y mi piel se enfría lentamente hasta perder la sensibilidad, no percibo las lágrimas, o quizás ni siquiera estoy llorando, quizás los motivos de llanto se han vuelto repetitivos y mecánicos.

Escucho vagamente golpes desesperados en la puerta, gritos de auxilio que resultan inservibles ya que ¿Quién podría escucharnos aquí?, aun así, persisten, como si ello fuese de ayuda para alguien, quizás para aquella persona desesperada lo sea, quizás sirve de consuelo o distracción para evadir la culpa de no haber evitado esto desde el principio y no me refiero de hace un rato que fui arrancada de mi habitación, justo la noche en la que no tenía ganas de bajar por mi cuenta.

La bañera está fría y dura, resbalosa, como era de esperarse. Aun lucho por salir a tomar un poco de aire, no importando lo mucho que duela; el deseo de defenderme y la frustración de no poder ser capaz de hacerlo continúan siendo la motivación para no querer morir ahora.

Al cabo de un rato, poco antes de perder la fuerza, poco antes de sentir mis pulmones explotar mi cabeza sale estrepitosamente del agua, dejándome pocos segundos para tomar una gran bocanada de aire y que

se me arrebate nuevamente el oxígeno.

El mismo ciclo, las mismas acciones, los mismos moretones y nunca falta la sangre. El agua ya se ha teñido de rojo, un rojo que incluso aquí parece brillar ante mis ojos, proveniente de mi nariz y un poco de mis manos cortadas por los vidrios; espero que en esta ocasión tampoco dejen marca.

Peleo incansablemente cuando en una situación similar mis hermanas ya bien pudieron haberse rendido, lo que de hecho es una salida, mas me niego a darle ese privilegio, la ilusión de la victoria, misma con la que se aleja satisfecha, pero no en mi caso, cosa que parece estúpida y de hecho lo es ya que aun así jamás soy capaz de nada más, al menos obtengo esa falsa sensación de orgullo a causa de no darle la victoria tan fácil.

Pasado un rato, cuando mis fuerzas se agotan y mis manos se vuelven aún más resbalosas debido a la sangre, siento ese deseo por parte de ella, el anhelo de dejar mi cabeza por mayor tiempo bajo el agua hasta que mis pulmones exploten o se llenen de líquido; un segundo, un momento más y mis energías se habrían acabado, sin embargo, siempre me deja vivir otro día.

Siento mi cuerpo estrellarse contra el suelo, mismo que también está frío y percibo ligeramente el peculiar aroma de la sangre combinado con el de las pastillas de menta del baño.

Como es costumbre, incluso ahora observo los trozos del cristal a mi alcance, y me siento frustrada al ser consciente de mi falta de energía; sin observar su rostro, soy capaz de imaginar su sonrisa.

-Deberías agradecerme-escupe Lea- el agua fría hará desaparecer esos golpes que tienes marcados.

Capítulo 6

La luz de la mañana se derrama en el suelo de la cocina y se cuela a través de las ventanas. Aun así, el viento frío persiste en las cortinas.

Pasos inquietantes dan vueltas en torno al sofá, descalzos acostumbrándose al duro y helado piso, no importando su pegajosidad o los peligrosos vidrios dispersos por todo el lugar.

- No seas tonta, te enfermaras si continuas así- declara Sila- ¿Por qué no usas zapatos?, ¿Por qué no desayunas?

- Es solo que...no sé dónde pueda estar

-Ella se va y regresa, pasan días e incluso semanas. Seguro que estará bien - Asegura Laia, con mayor tranquilidad de la que pretendía.

- La pasaremos mal si algo le sucede, además de que sigue siendo mamá- señala Dánae, bajando suavemente la voz.

- Deberías usar zapatos, si te enfermas ella te golpeará con más ganas- Dice Sila súbitamente, lo que sorprende tanto a Dánae como a Laia

- Hey, no digas cosas así...

Laia desvía la mirada y sonríe vagamente. Sus ojos se pasean distraídamente en las paredes manchadas hasta llegar a la puerta igual de sucia. Mantiene momentáneamente la vista en la entrada, con el ligero temor al imaginar a Lea cruzar la puerta.

Dánae la observa a ella. La contempla igual a una presencia extraña, curiosa y de cierta forma inquietante. Recordando su comportamiento últimamente, la sonrisa radiante, de la misma boca de donde nace esa mueca al estar cerca de su madre.

La dulce mirada, de los mismos ojos que ennegrecen el mundo cuando Lea la golpea. Siendo que ahora Dánae parece percibir el brillo falso que enmascara las sombras en ojos de Laia.

-Bien, lo lamento- se disculpa Sila.

El sol se esconde con lentitud, pintando las nubes de colores anaranjados y rosas. Silencio que se abre paso tras la carencia de gritos y llanto resulta sofocante, invadiendo un hogar acostumbrado al ruido.

Los muros vuelven a ser blancos, recibiendo con ternura los colores del arrebol. Los vidrios se han desechado y el mal aroma se ha marchado.

El jabón se pierde con el agua en el drenaje. Sus largos y finos dedos se pintan de morado con el agua fría, y el viento que se pasea por la casa hace estremecer su cuerpo.

-Ahora nos vamos, Laia

- ¡Claro que sí, Dánae! -declara la chica de manera entusiasta- Vuelvan pronto, se hace tarde.

Las voces desaparecen tras la puerta. Amaia duerme con tranquilidad envidiable en el sillón. Mueve con ligereza los parpados, suspirando tiernamente entre mantas y sueños

Laia abandona el cálido cuerpo dirigiendo sus pasos a las escaleras. Titubeante, conservando cierta timidez en los ojos y ansiedad en el alma, resultándole patético el temor al ascender piso arriba.

Empuja con lentitud aquella puerta temida que abre paso a una habitación oscura, silenciosa, plagada de ansiedad y alcohol.

Se encamina rápidamente al tocador, alza la vista al espejo atisbando a su expresión cansada, sonríe amargamente, pesándole más el falso gesto. Abre el primer cajón en busca de aquel bríllate frasco amarillo que contiene gran cantidad de pastillas; pretendiendo tomar una simple cantidad que no amenace con la sospecha de su ausencia.

Pequeños ojos curiosos espían a la joven ladrona de cabellos negros. Una traviesa niña, de esas que cuentan todo a sus padres esperando que regañen a sus hermanos mayores. Aquella niña que ignora el peligro de sus palabras chismosas.

Laia nota al espía tras escuchar su leve risa. Advirtiéndolo en ella, camina ocultando su molestia, pero la niña echa a correr, divertida y pegando saltos.

Sale cuidadosamente de la habitación, no sin antes haber dejado todo en perfecto orden y cuidado. El cajón perfectamente cerrado y la puerta en el mismo estado, siendo posible asomar en ella y captar los terribles aromas y sensaciones. Sigue lentamente los pasos débiles y pequeños de su

hermanita. Sin apartar la oscuridad de ella, siguiendo con la vista su torpe andar al bajar las escaleras.

El mismo despiadado rostro, la misma ira en sus ojos que su madre desprende en sus hijas. Deseos sombríos se pasean por su mente y una sonrisa deforme se dibuja en sus labios.

Simplemente marcar la perfecta piel con sus manos.

Amaia se dispone a cruzar velozmente la sala tras haber puesto un pie fuera del último escalón. Trastabilla en su huida, casi tropezando con el sillón, más la risa se mantiene en su voz. Laia la sigue hasta la piscina, cerrando detrás de ella las puertas de cristal que abren paso al jardín.

- ¡Le diré a mamá!, ¡se lo diré!, ¡se lo diré! - insiste incansablemente, saltando con entusiasmo sin vislumbrar en la crueldad de sus palabras. - ¡Se molestará muchísimo contigo!

- ¡¿Qué acaso eres estúpida?!- acusa Laia a su hermana - ¡Pero claro que lo eres!, ¿Qué al menos sabes lo que nos hace esa mujer?

- ¡Le diré que me llamaste estúpida! - Sus manos toman un ligero color rojo tras apretar los puños

- Un día ella te hará lo mismo- declara Laia con súbita pesadez en su voz- ¡un día sería capaz incluso de matarnos! - escupe las palabras, igual a veneno, incapaz de curar, dañándola a ella mucho más que a los demás.

- ¡No hables así de mamá!

Siente el agua resbalar en su rostro, el aire interrumpido en sus pulmones y el hilo de sangre chorreando y resbalando de sus dedos. Cada sonoro golpe retumbando en sus oídos y todo posible grito. Agonía que podría ser producto de la simple acusación de una niña.

Mantiene la voz amarga en su cabeza, esas insufribles palabras. Hipnotizada por el miedo y la misma furia con la que es atormentada. Y así un pequeño cuerpo es arrojado al agua.

Reacciona a las gotas salpicando en los bordes y su cara. Sin prestar real atención a los movimientos de ayuda, no hace más que alejarse tras haber arrojado un juguete a la piscina y colocar las finas puertas de cristal ligeramente abiertas.

El miedo ralentiza sus movimientos. Sus ojos se ven cegados por la tristeza y su voz mezclada con el sonoro golpeteo del agua. El aire se bloquea en sus pulmones, expandiendo la ansiedad en su pequeño cuerpo.

Capítulo 7

Luces azules y rojas colorean las paredes, atravesando las ventanas para pintar la casa entera.

Laia permanece sentada frente a las rosas marchitas, obnubilada admirando los rubores naranjas y marrones que el otoño otorga a sus pétalos.

Las voces y el llanto se alejan lentamente hasta pasar a ser un ruido fondo, que al final, también desaparece. El frío viento que acaricia su piel, ayudándola a concentrarse en sombríos pensamientos, imprecisos, sentimientos ocultos en lo más profundo que han comenzado a florecer.

Las sensaciones, los sonidos, la abandonan en su mente abrumada. Incluso la imagen de las rosas desvigorizadas se ha perdido, y únicamente es una mirada vacía la que permanece en ellas.

El *tic-tac* del reloj resuena en su cabeza. Los mismos sonidos, los mismos gestos de los mismos rostros, las risas y sonrisas amargas. Igual a gotas que agua golpeando una piedra hasta generar un agujero, o las olas de mar chocando incansablemente contra las rocas hasta romperlas.

Su piel se estremece al pensar que todo aquello la destruye lentamente.

Basta con sentir las frías manos de alguien rodearla para sacarla de ese trance, aunque su mente atormentada le resultaba más cómoda que las fastidiosas luces de colores.

Su pequeño cuerpo se ve ligeramente apretado por una persona, misma de la cual Laia puede sentir su enojo, emoción reprimida que la obliga a escupir forzadas palabras de consuelo para la persona que asesino a su hermana menor.

Dánae no suelta a Laia, y permanece unida a su helado ser un rato más. Cohibiendo su enojo, sus lágrimas y sentimientos de odio, recitando únicamente hipócritas palabras amorosas sin conocer que el accidente no ha sido más que un asesinato bien intencionado.

Sila permanece inerte en el suelo. Aun envuelta en una manta, su cuerpo entero tiembla ligeramente, como el de todos, su mirada vacía, igual a la de Laia, y un gran sentimiento de pérdida invadiendo su ser, recordando con tristeza la pequeña y dulce sonrisa.

Laia, al notar las lágrimas del resto derrama unas cuantas, mostrando pesadumbre en los ojos, además de una mueca tras agachar tímidamente la cabeza. Dejándose llevar por el falso abrazo de Dánae.

Y no es que su hermana mayor ya no la ame, sino que es inevitable para ella sentir que quizás, si hubiese estado en casa, todo habría sido distinto, y se mira culpable al sentir cierto enfado con su hermana (creyendo que Laia no ha tenido la culpa).

-Te duele, ¿cierto? - susurra Dánae a oídos de Laia, quien con un débil movimiento de cabeza contesta y una lagrima rueda a través de su mejilla
-Me consuela saber que te sientas mal, aunque no debería decírtelo...- y claro que no es del todo consciente que lo ha dicho, incluso su razón se ha quebrado.

Capítulo 8

El viento helado entra cautelosamente a través de la ventana abierta. Los muros parecen más fríos. El hogar se mira embargado en soledad, envuelto en silencio abrumador.

Las voces de aquellas personas en días anteriores aún permanecen en su memoria, bajo cálidas mantas, igual que un sueño. Imágenes difusas saturando su mente en recuerdos mientras continua medio dormida en la

cama.

El perfume y ligeros movimientos de aquel hombre, igual que un fantasma. Una sombra recorriendo los pasillos de esa fría morada, tocando las paredes blancas, dejando así un débil rastro de su presencia.

Su voz, carente de sentimiento. Ni un rastro de indiferencia o crueldad, solo una vieja mirada cansada, aburrida e indiferente. Y aun con la madre perdida, además de una hermana fallecida, la fugaz presencia de su padre termino por esfumarse nuevamente.

Laia observa en dirección al jardín, recibiendo la luz del sol que se derrama en la ventana. Cerrando los ojos, casi sintiendo nuevamente las gotas de agua de la piscina salpicar en su rostro.

Paladeando el recuerdo como si fuese antiguo, o simplemente como si nada de eso hubiese ocurrido. Desciende las escaleras, tratando de organizar sus pensamientos. Con una curiosa punzada en el pecho, preguntándose si lo que siente es arrepentimiento, o simplemente el bochorno de tantas cosas juntas, aun con la sensación en la piel.

Descalza sintiendo el frío en la planta de los pies. Capaz de percibir el aroma del desayuno, saboreando los olores, aumentando su hambre.

-Buenos días- saluda Sila, simplemente por costumbre.

-Hola- responde Laia

Los ojos de Dánae apenas parecen dirigirse a ella o a Sila. Una mirada carente de vida.

-Mamá volverá- asegura Laia, sin molestarse en desviar los ojos a su hermana.

-Seguro que si- Se consuela Dánae, y con un suspiro, continua: - Es...hora de ir a la escuela

- Aun es temprano, además, no nos hemos vestido- objeta Sila

Dánae ríe con ligereza:

-Lo se... es solo que quería decir algo.

-No hace falta- murmura Laia, recordando nuevamente el *tic-tac* del reloj.

Y tras algunos días faltando a clases, Laia se encamina al aula correspondiente manteniendo una actitud seria pero hermosa. Labios rojos y finos, suaves, faltos de una sonrisa, como si en ellos aquello no fuera más que una ilusión. Igual a una fantasía de soledad, extraña belleza melancólica a ojos de los demás.

- ¿Estas bien? - cuestiona una compañera de clase, por simple educación; permitiéndole a Laia la libertad de no contestar.

Finalmente pasea sus ojos hasta encontrarse con los de él, quien ya la observa con expectación. Una mirada compasiva, pero con el mismo brillo nervioso.

Y mientras pierde realmente su atención, se sorprende a si misma manteniendo más de la cuenta el contacto visual. Siendo que ahora es ella quien se muestra levemente inquieta al reparar en el resto de los ojos posados en ella.

Capítulo 9

El viento le susurra al cielo, acompañando a las densas nubes grises. Laia mira con atención hacia arriba. Acostumbrándose a los días nublados. Creyendo levemente que el azul brillante enredado en la luz del sol ha sido parte de un sueño antiguo, producto de cierto temor a ello, una dulce fantasía al descubrir la carencia de color en su vida.

Camina resuelta con ese ligero andar, las manos en los bolsillos y el cabello negro ondeando, sirviendo como señal de la presencia del viento.

Asier se acerca velozmente al disminuir los compañeros de clase alrededor, pero titubea ligeramente al entrar en contacto con el suéter de Laia.

-Hola - saluda con cierta dificultad. Sosteniendo su mirada lo más firmemente posible

Laia sonríe a manera de respuesta, apenas girando su cuerpo en dirección a él. Dispuesta a reanudar sus pasos.

- ¿Estas bien? - le cuestiona a la chica, pretendiendo detenerla por más tiempo

- ¿Por qué no habría de estarlo?

- Supe, igual que todos los demás, acerca de lo sucedido hace poco- Cavila de momento, ligeramente arrepentido de sus palabras, sin embargo, continúa: - Solo quería saber que te encontraras bien, lo lamento.

-No tienes que lamentarlo

- Es solo que, quiero que estés bien. Nada de esto es culpa tuya- trastabilla nuevamente, regañándose internamente por su torpe hablar- ...quizás me esté pasando de la raya, pero...solo quería hacerte sentir

mejor, aunque lo más probable es que no lo esté logrando...

Laia finalmente se coloca frente a él. Curiosa posando sus ojos en la temblorosa mirada de Asier.

-No siento que sea mi culpa- declara moviendo lentamente esos lindos labios rojizos- gracias por preocuparte.

Es así que, finalmente, antes de reanudar su camino. Laia posa sus suaves labios en la mejilla del joven, otorgando un tierno beso que para ella no es más que una simple acción, mientras que para la otra parte es razón suficiente para acelerar su corazón.

Es inevitable para el sentir limerencia por ella, chica que se ha ganado su corazón por el simple hecho de existir, su bonhomía que lo hipnotiza y sus dulces palabras que le encantan. Tan es así que un simple beso en la mejilla lo ha hecho estremecer de pies a cabeza y los nervios crecer peligrosamente, mismos que son notorios en su voz al despedirse de Laia, quien se aleja lentamente hasta que Asier la pierde de vista a causa de la distancia.

El arrebol finalmente devuelve el color al cielo, pintando las nubes grises de suaves tonos naranjas y rosados. Sus ojos negros se posan sosegadamente en el sol que cae con lentitud.

Agradecida por revelar la existencia del color. Esperando ahora las estrellas y la fría luz de luna derramada en el suelo de la sala, pintando de plata los muros. La noche que oscurece los pasillos y finalmente el conticinio. Todo envuelto en ligeros suspiros.

Dánae se aproxima a su lado, cautelosa con el sonido de sus pasos. Con la mirada vagando en la oscuridad de la perdida a la que no está acostumbrada. Consumida por el dolor que ha traído el tiempo puesto que no ha podido absorberlo ella.

Finalmente, cansada. Sostiene el cuerpo de Laia en un abrazo, buscando hacer más grande la chispa de hermana mayor que la ha mantenido a flote. Sin embargo, el ligero calor de su alma se ve envuelto en la displicencia de las sombras, extinguido por los ojos vacíos de Laia.

Dulce fantasía de estabilidad. La luz de la esperanza, o al menos, la falsa sensación de seguridad que se ha apagado en brazos fríos a la última luz de la tarde.

Capítulo 10

El silencio se pasea soplando como viento helado, hasta verse interrumpido por el sonido de la puerta abrirse y posteriormente cerrarse estrepitosamente, seguido de unos torpes y tambaleantes pies avanzando trabajosamente.

Laia yace despierta observando la línea de luz bajo la puerta, las sombras de esos zapatos; caminando en los pasillos, observando los muros carentes de pinturas, fotos o algún decorado. Sucias manos que tocan la pared lisa, saboreando los murmullos y sangre que se han marcado

Igual a una sonrisa iluminando el cielo nocturno, puntos de luz que la acompañan, fría luz de luna que acaricia los muros.

Gritos ahogados por una tela amarrada entre los dientes, lamentos bloqueados por las gruesas paredes, expandiendo el sonido únicamente en la sala.

Los clásicos vidrios rotos, los constantes y sonoros golpes y lágrimas teñidas de sangre. Laia, ya en el suelo, observa los escalones que dan al

piso de arriba.

Pronto su boca se ve liberada, puesto que la tela se ha aflojado sola

Sus ojos nublados a causa de las lágrimas, cristalinas, igual a gotas de lluvia en una tormenta. Buscando, esperando a los conocidos pasos apresurados descendiendo estrepitosamente las escaleras, sin embargo, aquella imagen se mantiene únicamente como el fantasma del recuerdo.

Saborea la sangre que pinta sus labios, mezclada con la sal de sus lágrimas. Observa desesperadamente la mano que se alza en su contra. Espera el golpe, ansiosa por acabar pronto esa noche. El grito que desgarró su garganta, más fuerte y profundo.

Sus nudillos se matizan de rojo tras varios golpes desesperados a la puerta. Apartando con ansias el cabello que le cae a los ojos. Suplicante, llorando lastimeramente ante su incapacidad de salir.

Dánae fija sus ojos en la ventana, absorbiendo toda belleza en el cielo, escuchando distraídamente el murmullo de los árboles y el viento, dulces secretos nocturnos. Apenas consciente del escándalo en el piso de abajo.

- ¡Por favor! -suplica Sila- Si no deseas ir, al menos abre la puerta para que yo pueda...

- ¿Y qué planeas?, ¿recibir los daños por ella? con ese cuerpo tan débil...- dice Dánae, apenas desviando su vista de la ventana

- ¡Al menos pretendo no dejarla sola! - Grita Sila

Observa la sonrisa del cielo, siendo posible en su mente y corazón escuchar por última vez una risa infantil; -Si es tan fuerte, no tendrá problemas ella sola- piensa para sí misma -Alguien debe pagar la furia de mamá

El cuerpo de Laia descansa finalmente en el suelo, mientras que miles de palabras groseras se pronuncian de los labios de Lea, palabras dolidas, cargadas de rencor y sufrimiento interno. Viendo dentro de sí misma promesas rotas al haber perdido a quien creía su esperanza de mejorar, buena madre para una pequeña y reciente vida en sus manos. Ahora rompe las botellas contra quien le arrebató a su hija.

-Se que fuiste tú- balbucea - Tú, sé que fuiste tú

En su rostro se forma lo que parece ser una sonrisa, sus labios deformes y retorcidos, con esos ojos perdidos y profundos, hundidos.

Finalmente, aun refrenando gran parte del rencor en su pecho se dirige forzosamente a las escaleras. Deseosa de terminar con la frágil vida que ha abandonado en el suelo. Considerando que de todas formas esa alma ya no tiene arreglo.

Siente más de cerca el aroma del alcohol, y a sus labios llega el ligero sabor de la asquerosa bebida. Sus manos tiemblan a causa del dolor, o quizás simplemente es temor. El viento que acaricia su cuerpo y lame sus mejillas haciéndola estremecer, y la habitación recientemente oscurecida al apagar las luces.

Es así que, las tinieblas la invitan a descansar, arrullándola en sus brazos y ella permitiendo el consuelo de la oscuridad. Envuelta en el tranquilo beso de las sombras.

Las tinieblas que cubren su corazón y sus ojos, siendo que ni el brillo de la luna es capaz de aclararlos, que ni la risa de las estrellas es capaz de devolver la inocencia, volviéndose más negros y solitarios que antes.

Completamente rota.

Capítulo 11

Gotas de luz caen en la habitación y, sin embargo, aún bajo los rayos de sol su cuerpo permanece frío en el suelo.

Una criatura cruel consciente de sus verdaderos sentimientos, no importándole ahora quien sufra por sus acciones egoístas, puesto que ella

ya ha sufrido el egoísmo de los demás.

Se incorpora torpemente y dirige sus pasos a las escaleras, subiendo los peldaños lentamente y con temor. Ansiedad y fracaso, impotencia brotar de su corazón y vaciarse por sus ojos. No importando que alguien la escuche trata de gritar, pero su voz se ve interrumpida por el odio acumulado en su garganta.

Sintiendo sus pies más pesados a cada movimiento y su respiración entrecortarse. Ahora simplemente se arrepiente por no haberse enfadado lo suficiente, o tan siquiera haber llorado en silencio bajo las sabanas.

Vagando en el mar de sombras que la rodea, convirtiéndose todos en el recuerdo de algo importante. Siendo que únicamente queda la hipocresía y el rencor en forma de siluetas a su alrededor. Huellas de sangre, dolor. Pasos fantasmas, en una casa desolada.

¿Por qué habría de importarle otra perdida?

Las pastillas las mantienen tranquila durante las mañanas, a la tarde pierde los sentidos con el alcohol, por lo que rara vez se permanece estable. Sin embargo, es tan frágil en ambos estados. Normalmente recostada en la cama marcando con lágrimas la almohada, llenando de balbuceos la recamara, vaciando la tristeza a base de palabras.

Sus ojos parecen cansados, rojos y hundidos; se acomoda en la silla esperando a ser servida por Dánae, al igual que Sila. Laia ya se ha servido a sí misma.

Dánae observa de reojo a su hermana. Tocando con la mirada la suave piel coloreada de rojo y morado. El ligero destello del dolor en esos ojos.

Aun conservando la delgada sensación de tranquilidad, o quizás es simplemente que se haya realmente cansada como para mostrar siquiera una mirada molesta. Dánae siente el calor del sartén por un descuido suyo, se queja silenciosamente a causa del dolor, pero continúa curioseando en Laia.

Laia mantiene la mirada baja. Ocultando el temblor de sus manos bajo la mesa. Respirando profundo pretendiendo acallar su corazón desbocado. Ahogando el dolor de su pecho y la pesadez en la garganta, incapaz de decir palabra. Rememorando las frías sensaciones de la noche anterior, temiendo a la mujer que apenas puede comer por la cantidad de pastillas

que ha ingerido.

Sentir sus ojos delicados y arrepentidos, no generando más que desdén. Y en lo que respecta a la niña de cabello rizado a su derecha, ha sido víctima de la decepción general de Laia hacia todos cuanto la rodean, por lo que incluso Sila se ha convertido en una vieja sombra sin dueño.

Y a sus ojos todo es negro, perdiéndose toda pizca de luz y dudas en cuestión de sus sentimientos en los últimos días, por lo que ahora no se preocupa ni le importa herir al resto, lo que la lleva al deseo de defenderse de todo lo que le haga daño, de todo cuanto la moleste, de todo cuanto desee.

Dispuesta a herir a otros, por miedo.

Capítulo 12

La sangre se mezcla con el agua perdiéndose en el asfalto. El sol se ha visto atrapado en un ligero manto de tonos grises. El viento sopla con fuerza, llevándose las hojas de los árboles, mantenido viva su presencia en el elegante ondeo del cabello de Laia.

Siente pequeñas piedras entre los dedos, rojas. El aroma de tierra mojada y sangre. Su mirada se vuelve suave y su respiración entrecortada se regula. Escucha con atención las gotas de lluvia golpear contra el suelo. Sentir el movimiento de los árboles al vaivén del viento.

La calle está sola, el agua se ha encargado de espantar a testigos, aunque el impulso la hubiese obligado a hacer lo mismo de cualquier modo.

El cuerpo de Adria pierde color rápidamente, como si las gotas de lluvia la despintaran, igual que el viento se roba el calor de su cuerpo; derramando la vida en el suelo, abandonando su alma en susurros, o al menos es lo que a Laia le ha parecido.

La navaja con cubierta de plástico verde se ha limpiado, borrando la marca que dejó arrebatar una vida.

El viento ruge, testigo del crimen cometido; las nubes grises se vuelven más densas y la lluvia más potente, haciendo parecer el cielo más oscuro, como si se tratase de un castigo eterno, no permitiéndosele a Laia ver el azul del cielo.

Todo rastro desaparece, incluso el cúter se esfuma en esa vieja coladera. La vista de Laia se ve cegada por el abundante cabello negro, por lo que apenas es capaz de ver el cuerpo delante de sus ojos.

En la misma posición, con las piernas rodeando el torso de Adria, y sus manos sosteniendo otras que ya están heladas; aún se pregunta cómo es que llegó a esto, ¿Cómo ha sido capaz de protegerse?

En su boca permanece el sabor del miedo; su cuerpo que se estremeció tímidamente a manos de alguien que desde el suelo imponía terror. Fugaces momentos que ahora parecen lejanos y confusos, dejando libre el recuerdo de un empujón, palabras agresivas acompañadas de un golpe.

Recuerda su manera torpe de levantarse y la forma en que su mano se acercó a su bolsillo en busca del cúter.

Ríe ligera y tonta mente. Percibe nuevamente y con alivio el aroma del petricor, se levanta con esfuerzo, aun sintiendo el cuerpo pesado y tieso.

Sonriendo al recuerdo de esas palabras, la razón estúpida por la que Adria se ha levantado en contra de Laia, emociones tontas e impulsivas, amor adolescente y celos crecientes; ¿Qué culpa puede tener Laia?

Y aunque Adria parecía que hablaba con firmeza, en su voz era notable una presente ausencia, soledad y su alma quebrándose lentamente; sus manos temblorosas a causa de la ansiedad y nerviosismo. Sin darse cuenta que hablaba a un cuerpo vacío, un corazón abandonado reflejado en una mirada cruel y desesperanzada, junto con una voz monótona y delicada, una cuchilla afilada.

“No merecerlo”, ¿Quién era ella para decir tal cosa?, que, si bien es cierto que Laia no tiene interés amoroso en él, no es que Adria pudiese fácilmente decirle eso a ella o cualquier otra persona, ¿es que acaso ella si lo merecía?

Ni siquiera pensó en los sentimientos de Asier, siendo que únicamente se convirtió en su mejor amiga para estar cerca de él, con el único interés de verse involucrados en una relación de pareja; aquí la razón de su apoyo, sus palabras de aliento en los días malos y hablar con el como si fuesen amigos, si la única intención de Adria era ser correspondida. (Dos pájaros de un tiro, puesto que Laia tenía la intención de dañar a aquel chico, quien si tenía real cariño de amistad para con Adria).

Claro que, por el amor se hacen cientos de ridiculeces y se entrega tontamente el control del corazón, perdiendo el uso de razón.

Laia observa el cuerpo curiosamente, como si fuera capaz de ver la vida de su víctima volar, llevándose sus sueños, atravesando las densas nubes color gris, alcanzando el azul brillante que se alza más lejos, flotar cerca del sol. Un alma que derrama lágrimas de luz.

Sus manos tiemblan y al poco se separa estrepitosamente del cuerpo tendido en el suelo. Fija los ojos en los de ella, temiendo a que estos se abran de nuevo.

Permanece inmóvil durante un rato, sonriendo para espantar el miedo.

Capítulo 13

El recuerdo de una voz, una mirada y una sonrisa que regalaban sus colores al cielo, dando melodía al viento, haciendo bailar los árboles, moviendo las nubes y las flores. Dulce aroma que se esparcía por todos lados y la dulce paz de su corazón.

Oscilando en la memoria de unos pequeños ojos perdidos a la ausencia de brillo, acostumbrados a la deslumbrante luz que no sabe viajar en la oscuridad; generando en Laia la pregunta de si alguna vez en ellos se hicieron presentes aquellas sensaciones. Quizá solo se trate de la imagen de algo hermoso, o una dulce fantasía de sueños antiguos, que, de ser así, no queda más que imaginar que es posible sentir, puesto que ahora no puede preguntárselo a Adria.

Frente a ese cuerpo abandonado, y esos labios desatendidos en una mueca triste. El aroma de la tierra mojada, que despertó los sentimientos de Laia en ese momento, tan decepcionantes que fueron recibidos con furia y transmitidos a base de lluvia, arrojados por una densa nube negra.

Aún con la impresión de llevar las calcetas mojadas y el cabello húmedo. A la orilla de la cama, la cabeza gacha, observando sus manos, con los ojos en el brillo que emite la bolsa con polvo blanco.

La luna se pasea en soledad, tratando de ser escondida por un velo gris y ligero que cubre el cielo entero, mas lo único que es imposible de apreciar

son las estrellas que suelen adornar ese abismo eterno.

Añorando las voces amigables de quienes ahora son sombras a su alrededor, los rostros perdidos en el manto negro que ella misma colocó y el calor de esas manos. Igual a verse arrojada en el fondo de un mar oscuro, silencioso. Al borde de la cama, percatándose de que no ha cambiado nada, igual a un mal personaje incapaz de desarrollarse, deteniendo al mundo y a los demás.

Más confundida que antes, atormentada. Temerosa todavía de los sentimientos que cubren su corazón. Temerosa de sí misma.

Deseando terminar con todo, destruir lo que queda de ella, arrastrar a quienes la rodean.

Chocolate caliente, contaminado, confitado con polvo de estrellas, mezclado con la dulce crema, envuelto en un vapor delicioso, a la luz de la luna reflejada.

Así la magia se dispersa en sueños, haciendo dormir profunda y eternamente a las almas cansadas de esa casa. Dejando despierta únicamente a Laia, quien espera impaciente en los peldaños de las escaleras.

Y así, a media noche, en la madrugada o quizás apenas a las diez. Siendo la hora que sea, se presenta la misma torpeza en la perilla y la ruidosa puerta de entrada. La clásica mirada, el aroma y las botellas en su mano.

Una prisión envuelta en la fría luz de luna, en donde nunca cambiaba nada; despiadada, dejando al descubierto la sangre y las marcas. Cruel, silenciosamente violenta, a quien le importan mucho las apariencias; vistiendo a las tristes muñecas elegantemente afanándose en cubrir las manchas.

Y el viento que favorece a ocultar los lamentos, arrebatando los gritos, que en esta ocasión se terminan en un segundo. El sonido de las botellas romperse, y el rojo que ahora colorea todo el piso.

Un corte, o quizás dos. Por último, esos ojos, en los que Laia por primera vez es capaz de percibir miedo y cansancio.

La sangre tibia entre los dedos. Más tarde ensuciando la última tasa de

chocolate caliente, cubierta con el brillante polvo de estrellas.

Sueños eternos.

Fin.